

LIDIA FERNÁNDEZ GALIANA

El baile de la libélula



Besties

BOOKS

Lidia Fernández Galiana

El baile de la libélula

Besties
BOOKS

© Lidia Fernández Galiana, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: 286-2023

ISBN: 978-84-270-5077-8

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:

sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impresión: Rodesa, S. A.

Impreso en España / Printed in Spain



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Ellas

No pienso discutir más contigo. Así las recuerdo yo siempre, discutiendo. Y aunque yo no estaba allí aquel famoso día, me han contado esta historia tantas veces y las he visto tirarse de los pelos tantas otras que casi puedo afirmar que todo esto es un recuerdo mío.

Eran las diez de la noche. Cristina había llegado hacía unos diez minutos a casa con la esperanza de que se hubiera difuminado hasta extinguirse la discusión que habían comenzado aquella mañana. Sin embargo, Mónica no olvidaba nunca nada, y menos una disputa en la que creía llevar la voz cantante. Apenas se hubo quitado el abrigo y puesto un pie en la cocina, Cristina se arrepintió de no haber trazado un plan de huida de la ciudad, o quizá del país.

—¡No entiendes nada, eres muy irritante!

Mónica no era una persona capaz de insultar sin que pareciera que le daba un sarpullido. Así que *irritante* era una de las mayores ofensas que podían salir de su boca.

Pero si además lo decía mientras trataba de cortar un tomate en rodajas peor que un niño de siete años, cualquier posibilidad de tomarla en serio se evaporaba.

—Dices eso porque tú no tuviste que aguantarte a ti misma la última vez...

Cristina sí era capaz de ofender con insultos, y mucho. No era algo que le supusiera un problema. Sin embargo, cuando se trataba de Mónica, intentaba evitarlo por todos los medios.

—¡Estupideces! —contestó Mónica cruzándose de brazos y dando por perdida la guerra con el tomate para concentrarse en la guerra con Cristina.

Siempre que discutían, Cristina era incapaz de concentrarse del todo en la conversación. No podía evitar perderse en los detalles de la cara de Mónica, en las pequeñas arrugas que se formaban en su frente cuando fruncía el entrecejo y los morritos que ponía sin querer. Aquella expresión daba a sus grandes ojos un aire de cachorro enfurruñado que hacía que Cristina adorase hacerla enfadar.

—Cuidado, o la próxima palabra que digas será algo más vulgar y entonces no nos quedará más remedio que añadirla a tu lista de insultos fuera de tono. Y eso sería un auténtico disgusto —le refutó Cristina con sorna.

Mónica solo había hablado mal a Cristina en dos ocasiones, y ambas estaban relacionadas con momentos muy dolorosos. Por lo que, al escuchar aquella injusta burla, sus ojos se llenaron de lágrimas, y los de Cristina se pusieron en blanco de la desesperación.

—Oh, por Dios, no empieces.

—¡Eres tú! Estamos hablando de algo importante y tú te vas por los cerros de Úbeda mencionando temas que no vienen al caso.

—Por favor... Era una ironía, necesito terminar esta discusión y no veo la forma de hacerlo... —Casi puedo

imaginar los ojos suplicantes que debió de poner Cristina implorando que su agonía terminara cuanto antes.

—Claro que quieres terminarla, porque no te importa nada.

El día de aquella épica, única e irreplicable discusión era 2 de diciembre del 2016, y Mónica llevaba puesta su bata de gatitos de estar por casa, que hacía que sus treinta y ocho años perdieran cifras a una velocidad vertiginosa. Cristina ojeaba distraída el correo que había cogido del buzón, pretendiendo usarlo como vía de escape a la conversación (o más bien lucha encarnizada) que Mónica estaba decidida a no abandonar. Y yo aún no era ni una sombra en sus vidas.

—¡Claro que me importa! Si te importa a ti, me importa a mí, aunque me importe una mierda.

—¿Ves como eres tremendamente irritante?

—No entiendo esa acusación.

De todas las discusiones que presencié entre las dos cuando las conocí, aunque esta no fuera una de ellas, siempre creí que Cristina de verdad se divertía con aquello. Solo hubo una vez en la que sé a ciencia cierta que no fue así, pero eso lo dejaré para más adelante.

Antes de proseguir con todo esto, y para que podáis realmente comprender mi historia, siento la necesidad imperiosa de describir a estas dos mujeres tal y como yo las percibo, las siento y las vivo, y no solo como las ven mis burdos y vulgares ojos.

Mónica tiene el pelo negro como el carbón, tan sedoso a la vista y al tacto que siempre siento la necesidad de acariciarlo, incluso en las pocas ocasiones que me he enfadado con ella. Sus ojos marrones son poderosos, siempre lo diré. Su mirada es poder, pero no de ese que envenena y corroe a las personas. No. Más bien el poder que le da la seguridad de amarse y respetarse a sí misma, de estar segura de

quién es. Es un poder que otorga una fuerza desmesurada a quien lo tiene. También presencié cómo se tambaleaba esa fuerza una vez, pero de eso hablaré a su debido tiempo. Mónica acumula toda esa fuerza y poder en su mirada, pero al ser ella el ser humano más entrañable y bondadoso del mundo, solo los usa para dar amor a diestro y siniestro (y para pelearse con Cristina). Por lo que a mí respecta, ella es una combinación perfecta de ser humano.

Odia cuando digo que amo su nariz porque ella la detesta desde cualquier perspectiva. Yo, sin embargo, creo que encaja estupendamente bien en su perfecta cara ovalada de cristalina piel blanca. Es una nariz orgullosa y risueña. Es perfecta porque es recta y de pronto ya no. A un tiempo es lisa y luego respingona, y yo la he dibujado ya tantas veces que he memorizado cada precioso ángulo perfecto y pluscuamperfecto que posee.

Se podría considerar que Mónica es de una estatura media. Aunque lo único que sé a ciencia cierta es que es más bajita que Cristina pero más alta que yo. En cualquier caso, no importa. Ella siempre dirá que es bajita y que es gorda. Es una de sus frases preferidas. Como los loros cuando aprenden a decir algo por repetición pero no saben qué significa. Yo ante eso, por cansancio discursivo y cerebral, suelo contestar poniendo los ojos en blanco. Y Cristina... Bueno, Cristina la pone de vuelta y media.

Mónica tiene un cuerpo bellamente rollizo, como los que se pintaban en los cuadros antiguos. Rollizo, real y bonito. Yo siempre la comparo con *La maja desnuda*, algo que también le molesta, aunque Mónica es irremediablemente mucho más bella y sus labios bastante más carnosos y exquisitos de dibujar.

Después está Cristina. Ella es... la energía pura del universo entero desbordándose por los cuatro costados, literalmente. Es incapaz de estar sentada durante mucho rato en

el mismo sitio. Parece como si algo comenzara a devorarlo poco a poco los pies y tuviera que levantarse del sitio sí o sí. Supongo que esa hiperactividad es la causa de que esté tan delgada, porque lo que viene siendo el deporte, ella lo concibe como una enfermedad crónica a evitar todo lo posible.

Su pelo es del color de las avellanas. Yo, desde luego, siempre lo pinto así, y en asuntos cromáticos yo nunca me equivoco. No es un marrón cualquiera, es avellana. En cuanto a sus ojos, no tienen un color definido, y eso me encanta. Están a caballo entre el verde y el marrón, no son de uno ni de otro. Tienen un color inventado para ella. Un color precioso solo para ella.

Su mirada es de una agudeza, perspicacia y picardía que corta el aliento. Siempre debes estar segura al decir lo que le tengas que decir, porque sus ojos te advierten del peligro que puedes correr incluso aunque sonría. Tiene las cejas levemente arqueadas, así que cuando comete alguna de sus malignidades y las cejas sonríen por ella, parece una maldita muñeca diabólica. Terriblemente bella y diabólica.

Yo siempre digo que su nariz y la de Mónica son hermanas mellizas, casi gemelas. Pero eso tampoco es santo de su devoción. Aunque eso es bueno. Al menos en algo están de acuerdo las dos. Sus narices las hacen estar del mismo bando, para variar.

Cristina tiene una piel tostada y preciosa que contrasta y a la vez combina perfectamente con la palidez de Mónica. Sus labios también son carnosos, como los de ella, pero en su caso lo es más aún el inferior, escrupulosamente delineado.

Pero volvamos sin más dilación a la discusión de aquel día antes de que olvidéis lo que estaba pasando. Ya que lo que está a punto de suceder cambiará el trascurso de sus vidas para siempre. Y de la mía, por supuesto.

—¡Parece mentira que tengas cuarenta y dos años, Cristina! —Y ahora viene una de las frases favoritas de Mónica—: ¿Es que no piensas madurar nunca?

—¡Oh, bueno! Discúlpame. No sabía que madurar era desear tener un hijo al precio que sea.

—Al precio que sea, no. Hablas como si fuera algo tremendamente complicado. Pero ya no lo es. —Mónica andaba de un lado a otro de la cocina como si ese movimiento repetitivo fuera lo único capaz de canalizar su enfado.

—Por Dios, Mónica. Lo hemos intentado ya dos veces y hemos gastado demasiado dinero. ¿Por qué no dejas de insistir en provocarlo a la fuerza? Está claro que no es para nosotras. —Cristina ya no revisaba el correo y miraba fijamente a Mónica mientras decía esto.

—¿No es para nosotras o no es para ti? —Cristina puso los ojos en blanco e inmediatamente volvió a retomar la correspondencia—. La primera vez no cuenta porque fue hace diez años. Era más caro que ahora y más complicado. La segunda fue hace tres y ya sabes por qué salió mal. —Mónica no paraba de gesticular y dar vueltas por la cocina mientras hablaba—. Pero la medicina actual es mucho mejor y los precios de fecundación han...

—¿Hace cuánto que no hablas con tu hermana? —Cristina interrumpió la conversación mientras miraba con terror la carta que tenía en la mano.

—¿Ves como no te importa lo que siento? ¿Te parece el momento más oportuno para...?

—Repito, ¿hace cuánto que no hablas con tu hermana? —insistió pacientemente Cristina levantando la carta y poniéndola a la altura de los ojos de Mónica para que pudiera verla bien. Esta se quedó clavada en el sitio y empezó a ponerse pálida.

—Quince años, desde el funeral de nuestro padre. —Mónica sintió de pronto unas ganas tremendas de vomitar.

tar. Sin embargo, no dejaba de mirar aquella carta como si fuera una bomba de relojería a punto de estallar.

—Pues ni puñetera idea de cómo, pero ha conseguido nuestra dirección, y como puedes comprobar, te ha escrito una carta —puntualizó Cristina intentando hacerla reaccionar, pues Mónica seguía sin decir palabra—. Pero vaya, que digo yo que, a día de hoy, es más fácil conseguir el móvil de alguien o su *e-mail*, ¿no? No sé cómo narices...

—Rómpela. —Mónica pronunció aquella palabra de forma casi ininteligible.

—¿Qué?

—Que la rompas.

—Escucha, cariño. —Cristina cambió radicalmente su manera de dirigirse a ella, pues Mónica no solía reaccionar así ante nada, y aquello hizo que sus alarmas se disparasen en todos los sentidos—. No seas tan radical. —Mónica hizo ademán de quitarle la carta, pero Cristina la esquivó a tiempo, a pesar de lo sorprendida que estaba con su reacción—. Por el amor de Dios, Mónica, escúchame. Haremos una cosa. Yo abriré la carta, la leeré, y si deduzco que es algo estúpido que no merece la pena que sepas, te prometo aquí y ahora que la romperé. Pero puede que sea algo importante que debas saber, ¿no?

Mónica la miraba fijamente, cavilando si todo aquello tenía algún sentido. Pareció dudar durante unos segundos, hasta que finalmente hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza dando pleno consentimiento a Cristina para seguir adelante con su propuesta. Siempre agradeceré a Cristina que tuviera aquel arrebató de sensatez tan impropio de ella, porque si no, es bastante probable que yo no estuviera contando esta historia.

Tras el consentimiento de Mónica, Cristina tardó unos segundos más en decidirse, observando aquel sobre como si tratase de adivinar qué podría esconder. Al final lo abrió.

Mónica la observaba con atención. Estaba tensa de los pies a la cabeza y se esforzaba por descifrar los gestos del rostro de Cristina. Pero esta leía atentamente la única hoja que había en el sobre y su cara era indescifrable. Los ojos de Cristina iban de un lado a otro del papel leyendo con avidez cada palabra, pero Mónica seguía sin percibir ninguna reacción en su cara. Cuando, finalmente, Cristina terminó de leer, Mónica detectó que entonces era ella quien se ponía ligeramente pálida y mantenía la vista clavada en algún punto fijo del papel que aún sostenía.

—¿Qué? ¿Qué dice? —Mónica, antes decidida a no saber nada, ahora ardía en deseos de conocer el contenido de la dichosa carta.

—No. —Cristina hablaba de pronto con voz muy seria y parecía estar enfadada—. NO. Me niego.

—¿Cómo? —Mónica era incapaz de salir de su asombro ante la extraña reacción de Cristina. —¡Déjame ver!

—Has dicho que la rompiera. —Cristina hizo amago de romper la carta, pero al ver el terror reflejado en los ojos de Mónica, fue incapaz—. Está bien. Te la daré. Pero te advierto que mi respuesta es y seguirá siendo NO. —Y dicho eso, extendió el brazo en dirección a Mónica, quien le arrancó la carta literalmente de las manos.

Hola, Mónica:

Estoy convencida de que tu primer instinto al recibir esta carta habrá sido deshacerte de ella. Espero equivocarme y que al final estés leyendo estas líneas.

Si esta carta ha llegado a tus manos, significa que finalmente he perdido mi batalla contra el cáncer.

Mónica hizo un alto en la lectura y retuvo una carcajada, como si aquello fuera una broma demasiado pesada

para ser cierta. Buscó la mirada de Cristina, pero esta miraba con fijación al suelo, con el ceño fruncido y perdida en sus pensamientos furibundos. Mónica no era capaz de creer lo que acababa de leer. De verdad tenía que ser una broma, no podía ser real. Aquella frase le había afectado, pero no sabía cómo en realidad. No sentía tristeza, ni tampoco preocupación. Solo había lugar para el asombro. Siguió leyendo:

Llevamos tantos años sin vernos y sin hablar que realmente este giro de los acontecimientos tampoco va a alterar las cosas entre nosotras. Pensarlo casi me provoca risa. Ambas sabemos que no soy una gran pérdida.

Sin embargo, en estos últimos meses en el hospital, una estúpida nostalgia me ha invadido hasta el punto de casi impedirme dormir. Pensaba en nosotras antes de que todo se fuera al traste, y te confieso que aquellos recuerdos de infancia (*los buenos*) me alegraron.

Nada de lo que pasó fue justo para ninguna. Quiero creer que cada ser humano es de una manera y que cada uno afrontamos las cosas de forma distinta. No pretendo justificarme. Simplemente trato de suavizar tu rabia hacia mí para conseguir que aceptes mis tardías y lamentables disculpas.

Sí, contra todo pronóstico, te estoy pidiendo perdón. Muy tarde, pero lo estoy haciendo. No es ninguna tontería que este asunto de la muerte te haga ver las cosas de otra manera. De pronto me da pena no poder volverte a ver. Fíjate, después de quince años, ahora es cuando lamento perder la oportunidad. La vida es una ironía muy grande.

Mónica volvió a interrumpir la lectura. No se había percatado, pero miles de lágrimas se peleaban furiosas por salir y ella era incapaz de comprenderlo. Aquello no se

correspondía con lo que sentía. Aunque ¿qué sentía exactamente? Sabía que de pronto el corazón le pesaba como un ladrillo, que algo le oprimía el pecho con firmeza y que el estómago se le había encogido, provocándole de nuevo unas irrefrenables ganas de vomitar. Buscó el rostro de Cristina y esta vez descubrió que la miraba fijamente.

—Sigue leyendo. —Mónica no sabía identificar aquella expresión en los ojos de Cristina, pero al menos fue capaz de liberar las lágrimas que le nublaban la vista, pestañeó para disiparlas y volvió a bajar los ojos al papel para seguir leyendo la carta por la otra cara.

Hermana, la locura que estoy a punto de pedirte no es solo fruto de la desesperación. Aunque haya parte de ella en esta petición, también creo que es lo mejor y lo más inteligente que podría hacer por mi hija. Recuerdas a Elinor, ¿verdad? Tan solo tenía dos años cuando la viste por última vez. No voy a extenderme hablándote de cómo ha sido nuestra vida en los últimos quince años. Solo te diré que hace año y medio por fin conseguí la custodia completa de mi hija, y que mi exmarido lleva dos años en prisión. No quiero que ni él ni ningún miembro de su familia se acerquen a mi pequeña. Es por eso que, cuando yo ya no esté, me gustaría que Cristina y tú fuerais las tutoras legales de Elinor. Ahora tiene diecisiete años y cumplirá dieciocho en junio del año que viene. Ojalá aceptéis, ojalá aceptes. Y ojalá consigas que Elinor quiera quedarse contigo pasada la mayoría de edad.

Al mismo tiempo que esta carta, debería haberte llegado otra de mi abogado, Francisco Delgado. En ella encontrarás una serie de papeles y explicaciones de qué debes hacer para terminar de formalizar todo esto. Durante ese período, mi hija permanecerá a cargo de los servicios sociales. Si decidieras no hacerte cargo de ella... Bueno, prefiero pensar que no existe esa opción.

Perdóname, Mónica. Por todo. No quise decirte nada de mi enfermedad porque era injusto hacerte pasar por todo esto después de todo lo que te hice. Siento que las disculpas lleguen tantos años tarde. Solo te pido que te hagas cargo de Elinor. Por mí, por nosotras y por cerrar una etapa que nunca debería haber existido.

Siempre te quise, Mónica.

Fui débil, perdóname.

Si yo hubiera sabido lo que ponía en esa carta, lo que mi madre pensaba y sentía de verdad, nos podríamos haber ahorrado mucho sufrimiento. Pero mi versión de la historia era otra, y por eso pasó todo lo que pasó después de aquel día.

¿Qué se suponía que debía sentir Mónica? ¿Qué debía hacer? No era capaz de reaccionar de manera coherente ante nada de lo que había leído. Le hubiese encantado que todo aquello fuera una broma pesada, porque aquello no podía ser cierto. La vida no estaba jugando de esa forma con ella, no. Era imposible.

Volvió a releer varias veces los últimos párrafos, esperando tontamente descubrir que había pasado algo importante por alto y que en algún momento encontraría el error. Cristina, mientras tanto, rebuscaba en el correo la supuesta carta del abogado, hasta que por fin dio con ella. Era un sobre marrón muy abultado. Se quedó pensativa durante unos segundos, hasta que finalmente se acercó a Mónica y le arrancó la carta de las manos. Mónica pareció despertar de golpe.

—¿Qué haces?

—Voy a ocuparme yo de todo esto —dijo Cristina mientras abría el sobre.

Mónica se quedó paralizada. Quería preguntarle a qué se refería con eso de que ella se iba a encargar de todo,

pero fue incapaz de articular ni media palabra. No la culpo por aquella reacción. Las circunstancias eran las que eran. Y menos aún puedo culpar a Cristina. Esta cogió uno de los papeles que había dentro del sobre, buscó un número de teléfono y lo marcó en el móvil. Fue entonces cuando Mónica espabiló.

—Espera, ¿a quién llamas?

—Al abogado —contestó Cristina en el acto mientras se llevaba el móvil a la oreja.

—¿Para qué?

—Para decirle que no pensamos hacernos cargo de esa mocosa y que nos deje en paz.

—¡NO! —Mónica le arrancó el teléfono de las manos y colgó.

—Pero ¿qué puñetas haces, Mónica?

—¿No crees que al menos deberíamos hablar? Además, es de noche, nadie te va a contestar.

Mónica respiraba con dificultad y no pudo evitar comenzar a llorar de nuevo, no tenía ni idea de qué sentía realmente. Pero no pudo controlar el llanto por más que quiso.

—Por favor, Mónica. Sé razonable. —Cristina trató de usar un tono más conciliador—. ¿Qué vamos a hacer nosotras con una chiquilla de diecisiete años? ¡Nada más y nada menos que la hija de tu hermana, a la que hace quince años que no ves! ¿Por qué? ¿Qué necesidad tenemos de complicarnos más la vida?

—Quizá sea nuestra única oportunidad de ser madres... —Mónica pronunció aquellas palabras muy bajito, como si no estuviera plenamente convencida.

—¿Qué? —Cristina la miraba con ojos como platos—. Se te está yendo de las manos, Mónica. —Había adoptado un tono duro y frío—. Estás demasiado obsesionada, me niego a tomar una decisión basada en tus obsesivas ganas de ser madre.

Aquello le dolió mucho, pero Mónica estaba decidida a quedarse con su «nueva hija». Así que respiró hondo, compuso su mejor cara seria (algo complicado con los ojos hinchados de llorar) y lanzó su último intento.

—Cristina, piénsalo. Tú misma has dicho que si a estas alturas no me he quedado embarazada, ya no sucederá. —Cristina entornó los ojos tratando de averiguar si aquello era una artimaña o si Mónica se estaba sincerando finalmente sobre su situación—. La chiquilla cumple los dieciocho en verano. Son tan solo seis meses de prueba. Si la cosa sale mal, no volveremos a verla. Y si sale bien... —Mónica sonrió radiante—. Bueno, habremos ganado una hija. —Cristina puso los ojos en blanco y resopló.

—A mí no me engañas. Yo sé que tú quieres un bebé.

—Te prometo que, si todo sale bien con Elinor, no volveré a darte la lata con ningún bebé.

Mónica lo decía con convencimiento, pero las dos sabían que aquello era una enorme y gigantesca mentira. Sin embargo, Cristina se conmovió al ver que Mónica prometía renunciar a algo que tanto deseaba y por lo que jamás habría cedido. La miró fijamente durante unos segundos, puso los ojos de nuevo en blanco y al final dijo:

—Está bien. —Mónica rompió en gritos de alegría y se lanzó a los brazos de Cristina. Y mientras le llenaba la cara de besos, esta no pudo evitar sonreír. Llevaban tanto tiempo de malos rollos, desacuerdos y discusiones por el tema del bebé que no era consciente de lo mucho que extrañaba el contacto con ella. Verla tan feliz y sentirla tan cerca le dio nuevas dosis de energía. Acababa de darse cuenta de lo mucho que la echaba de menos—. Si llego a saber que esta iba a ser tu reacción, habría dicho mucho antes que sí. —Mónica se separó unos centímetros de Cristina, la miró a los ojos con una enorme sonrisa y entonces la besó como hacía muchos años que no lo hacía. Cristina se abrazó aún

con más fuerza a ella, sintiendo que el pecho se le inflaba de felicidad.

Y así fue como mis tías decidieron adoptarme.

—Vamos a ser mamás —dijo Mónica sin apenas separar sus labios de los de Cristina y sin dejar de sonreír.

—Sí, de una adolescente insolente de diecisiete años con las hormonas a flor de piel. —Mónica no pudo evitar reírse.

—¿Cómo estás segura de que será así?

—Siendo hija de tu hermana y de ese malnacido, dudo que sea un ángel. —Y volvió a besar a Mónica.

Me hubiera gustado decir que se equivocaba, pero tengo que admitir que mi tía Cristina tenía toda la razón del mundo con respecto a mí.